



INDICE

CRONICA BREVE DE UN REINADO

I. El Rey

Se llamaba Alfonso, León, Fernando, Santiago, María, Isidro, Pascual, Antón, de Borbón y Habsburgo-Lorena. Había nacido en Madrid el 17 de mayo de 1886, en las primeras horas de la tarde. Se bautizó en la Real Capilla el día 22 del mismo mes. Tuvo un ama santanderina, del Valle del Pas, que se llamaba Maximina. No era un niño robusto, aunque fue sano y ágil y se crió sin problemas.

La ciencia médica de entonces aún no había llegado al conocimiento exacto del modo de transmisión de la tuberculosis pulmonar. Se pensaba entonces que la herencia jugaba un papel decisivo en la enfermedad. Sólo más tarde se comprobaría que la infección se realizaba por contagio. La infancia de Alfonso XIII transcurriría, por lo tanto, llena de celos y temores por su salud, presidida

por una estrecha vigilancia médica y colmada de ejercicios físicos y paseos al aire libre, que se juzgaban los mejores preventivos contra el terrible mal, contra la «peste blanca» que por aquellos años —y por muchos más aún— imponía a España un crecido tributo de



Sagasta, jefe del Gobierno entonces, anuncia a la Corte, a las autoridades y a los embajadores, el nacimiento del que sería nuevo Rey de España.

vidas. Pero el Rey niño creció libre de la temida enfermedad y fue siempre un hombre de buena salud, uno de esos españoles delgados, agudos, provistos de increíble resistencia. No obstante, tuvo un gran peligro en su niñez, un tifus contraído durante una estancia en el Alcázar de Sevilla, amargo recuerdo que justificaba, en parte, el desvío que mostró más tarde la Reina María Cristina hacia aquella ciudad. Otro riesgo había superado ya en Madrid, en 1890, que hizo velar a los ministros en su antecámara. El temor de la meningitis angustiaba a su madre y a su abuela, Isabel II, que en sus cartas deja testimonio de aquellas horas difíciles.

Vencidos los primeros años, Alfonso comienza su educación bajo la cuidadosa y admirable tutela de su madre y de un escogido grupo de profesores. Matemáticas, Derecho Político y Administrativo, Historia, Inglés, Francés, Alemán... El niño tiene un «¿por qué?» para cada

LOS VEINTIUN CAÑONAZOS QUE HICIERON HISTORIA

expresión que no comprende. Más tarde dirá de sí mismo: «Yo he sido el campeón de los niños preguntones de España». Aprende la instrucción militar en compañía de siete niños de familias conocidas, por las plazuelas y los paseos del Campo del Moro. Antes, mucho antes, a los tres años, ya ha presidido ceremonias oficiales encaramado en el Trono, tierna y dramática estampa ante la que no se sabe si reír o llorar. Porque este niño es Rey desde la cuna, desde el mismo momento de nacer. Sobre un cojín de terciopelo había sido presentado a los ministros por don Práxedes Mateo Sagasta, que había gritado «¡Viva el Rey!».

Su nacimiento llenaba un pavoroso vacío, resolvía una histórica incertidumbre. Nunca el pueblo de Madrid había escuchado con más satisfacción los veintiún cañonazos que declaraban el sexo del recién nacido. Dieciséis años más tarde, otro 17 de mayo, juraría la Constitución ante las Cortes, para comenzar así su verdadero reinado. Doña María Cristina rinde ante él la más impecable reverencia, porque este hijo, a quien ha conducido con dulce severidad hasta las gradas del Trono, es ahora su Rey, el Rey de todos los españoles.

Verdaderamente, no ha nacido en un buen momento. Se están perdiendo los restos de nuestro gran imperio colonial y África es un problema permanente, al que no se le ve solución. La lucha de partidos dificulta el afán de una gran empresa común. Alfonso XIII comienza a reinar sobre un país que vive las primeras jornadas de esas inquietudes sociales que acompañan al desarrollo industrial. E intenta incorporarlo a las grandes corrientes de ese progreso que, por entonces, se escribía con letra mayúscula. Se asoma al extranjero. Primero es Portugal. Después —tras recibir en Vigo al emperador de Alemania— emprende un viaje a Francia e Inglaterra. La gente dice que va a buscar novia. Y mientras las cancillerías tejen su complicada red de conveniencias e intereses, mientras se enumeran las candidatas y se miden posibilidades y la fantasía popular baraja nombres y rostros a su gusto, el Rey mozo descubre París al lado del presidente Loubet y se gana el corazón de la gente besando en la mejilla, con un gesto espontáneo, a una muchacha que le ofrece un ramo de flores. Un periodista dirá: «Es como si hubiera dado ese beso en la mejilla de París». Al día siguiente, al salir de la Opera, una bomba estalla bajo su coche. Alfonso XIII recibe este bautismo de fuego con la más elegante serenidad. Tranquiliza al presidente Loubet y la escolta y sigue su camino. El 5 de junio

desembarca en Portsmouth, donde lo recibe el Príncipe de Gales. El día 6 hay un banquete de gala en Buckingham Palace. Allí conocerá a una princesa rubia.

II. La Reina

Se llamaba Victoria, Eugenia, Julia, Eva de Battenberg y Sajonia-Coburgo-Gotha. Había nacido en Balmoral, en Escocia, el 24 de mayo de 1887. Tenía, por lo tanto, un año menos que Alfonso XIII. Era la nieta número treinta y dos de la Reina Victoria de Inglaterra. Su padre, el Príncipe Enrique de Battenberg, murió en África, en la región que ahora se llama Ghana, en 1896. La Emperatriz Eugenia —Eugenia de Montijo— fue la madrina de Victoria Eugenia. Hay una fotografía que las muestra juntas, en Sevilla, al terminar la primera guerra mundial, cuando la Emperatriz vino a que Barraquer la operara de cataratas.

La Princesa Ena —que así le dicen en Inglaterra —es, posiblemente, la nieta preferida de la Reina Victoria, tal vez porque su madre, la Princesa Beatriz, era la hija de su predilección. Ena crece cerca de aquella formidable personalidad que era su abuela, la pequeña y vigorosa mujer que gobernó a Inglaterra durante sesenta y tres años. De ella aprendió una rígida disciplina —«los niños no hablan hasta que se les pregunta»—, un riguroso sentido de la puntualidad, un amor por las labores de aguja o de ganchillo y los trabajos de jardinería.

En verano, la familia se traslada a la isla de Wight. Ena de Battenberg estudia idiomas: alemán, francés... Y se pone de largo en una gran fiesta que el Rey Eduardo organiza en Buckingham Palace. Se empieza a hablar de un posible noviazgo con Boris, hijo del Gran Duque Wladimiro de Rusia. Ena es una muchacha asombrosamente bonita, con el pelo muy dorado, las facciones muy correctas, el aire naturalmente majes-

Instrucción militar infantil. Don Alfonso (primero de la fila por la izquierda), con los niños que fueron sus compañeros de iniciación castrense.



tuoso. Parece una estampa destinada a explicar cómo debe ser una princesa. Representa toda la tradición, toda la leyenda, todos los cuentos de hadas. No hay más que entornar los ojos para ver una corona sobre su frente. Y, sin embargo, esa corona no se adivina aún por ninguna parte. Es cierto que Alfonso XIII, el joven Rey de España, va a llegar a Inglaterra dentro de poco. Es verdad que se dice que busca una princesa que comparta su trono. Pero hay unas candidatas oficiales. Se llaman: Victoria Luisa, hija de Guillermo II, Emperador de Alemania; María Gabriela, hija del Archiduque Federico de Austria; la Princesa de Mecklenburg, hermana de la mujer del Kronprinz; la Princesa Pilar de Baviera, hija de la Infanta Paz; la Princesa Sofía de Sajonia y, en fin, la Princesa Patricia Victoria de Connaught, hija de un hermano del Rey de Inglaterra. Los más agudos observadores coinciden en que esta última será la elegida.

Mientras tanto, mientras se prepara la visita de Alfonso XIII, que llega desde Francia, mientras las princesas se prueban los vestidos de gala, Alfonso XIII llegaba en tren a Londres por la estación de Brighton y era recibido en el andén por el Rey Eduardo VII, el Gobierno... y el duque de Connaught, padre de Patricia Victoria. Aquella noche misma cenará en la intimidad con los duques y con sus hijas. Las cosas parecen claras. Azorín —enviado especial de «A B C»— cree firmemente que Patricia Victoria será Reina de España. La gente la aplaude en la calle con un matiz especial de cariñosa admiración. Patricia es morenita, dulce, no demasiado hermosa. Villaurrutia, el ministro de Estado de España que acompaña al Rey, patrocina abiertamente su candidatura.

Londres ha recibido a Alfonso XIII con una lluvia tenaz que amenaza estropear las cacerías preparadas en su honor. Pero las fiestas y homenajes se suceden en un programa apretadísimo. Visita a la abadía de Westminster, almuerzo en Clarence House —que por casualidad es la residencia de los duques de Connaught—, «match» entre militares y marinos en el Agricultural Hall y recepción en la Embajada española, donde Alfonso XIII saluda a Manuel Patricio García, hijo del famoso tenor y autoridad indiscutida en la enseñanza del canto, inventor del laringoscopio, profesor en el Conservatorio de París y la Real Academia de Londres, que por cierto cumplía cien años en aquel 1905 y había de morir al año siguiente. Todo esto sucedía el día 6 de junio. Faltaba sólo, para cumplir el programa de la visita regia, una cena en

Buckingham Palace, una cena de gala para ciento veinte personas, a la que Victoria, Eugenia, Julia, Eva de Battenberg había sido invitada.

III. El encuentro

«¿Coleccionas postales?» Con frecuencia, las primeras frases del más tremendo amor son palabras así de pueriles y tontas, que no descubren la tremenda carga de pasión que llevan dentro. Alfonso XIII había descubierto, casi a un extremo de la mesa, a la princesa rubia con la que ni se hubiera atrevido a soñar. Le faltó tiempo para cumplir con los vales dictados por el protocolo y lanzarse, con ímpetu hispánico, al abordaje de aquella belleza casi desconocida. Preguntaba por las postales porque hubiera sido un poco raro comenzar la conversación diciéndole: «¿Quieres casarte conmigo?» Que era lo que, en el fondo de su corazón, acababa de decidir. Porque era el «flechazo», el clásico, fulminante e inconfundible «flechazo», que no deja ni tiempo para pensar, ni ojos para mirar otra cosa distinta.

En realidad, Alfonso XIII acababa de resolver su viaje de exploración y reconocimiento casi en la primera etapa. Le hubiera bastado —si ello entrara en lo posible— extender el índice y gritar a sus ministros y consejeros: «¡No busquéis más! ¡Esta!» Porque desde aquel momento ya no hubo más candidata ni más posibilidad que la Princesa Ena de Battenberg, con la que bailaba y bailaba todas las veces que le etiqueta cortesana permitía. Y algunas más, seguramente. Aquel español de veinte años escasos acababa de enamorarse furiosamente, como buen español, de la muchacha más rubia, más fina y más guapa de la fiesta. Y el pueblo español, que lo comprendía y lo quería, adivinó en el acto que su Rey había escogido la misma princesa que ellos, uno por uno, hubiesen señalado. La encuesta que «A B C» abrió para adivinar la princesa preferida dio una inmensa mayoría de votos para Victoria Eugenia. Pero aunque el Rey ha vuelto a verla un par de veces antes de salir de Londres, no hay ninguna noticia oficial todavía. Azorín sigue insistiendo en la candidatura de Patricia de Connaught. Villaurrutia y todos los que asistieron al baile de Buckingham Palace no sueltan prenda de lo que adivinan. Y el Rey no dice nada abiertamente. Es una actitud lógica. Aún ha de viajar por Alemania y Austria y sería impolítico, tal vez, adelantar los acontecimientos. La que podría hablar, en todo caso, es la Empe-



Don Alfonso y Doña Victoria Eugenia, novios, en "Villa Mouriscot". Debajo, paso de la carroza real por la calle de Alcalá, la mañana de la boda regia.



ratriz Eugenia que, según dicen, ha movido desde lejos su habilidosa influencia en favor de su ahijada.

El Rey pasa el verano en San Sebastián, con una breve escapada a Francia, que da motivo a que se aumente la lista de candidatas con la Princesa Luisa de Orleans, hija de la condesa de París y nieta, por lo tanto, del duque de Montpensier y la Infanta María Luisa Fernanda de Borbón. Nadie —o casi nadie— sabe que el Rey escribe regularmente a Ena de Battenberg, que son novios y que sólo espera el momento oportuno para hacer pública la noticia. Mientras tanto bautiza su nuevo balandro con el nombre de «Reina X...», lo que ocasiona una serie de combinaciones de letras y de complicados cálculos para descifrar la clave que puede ocultarse en esos puntos suspensivos.

En noviembre llega a Berlín. Sobre la puerta de Brandemburgo ondean, mezcladas, las banderas de España y Alemania. Luego, el ceremonial lógico de una visita regia. Banquetes, desfiles militares, recepciones diplomáticas, ópera, cacería... El Kaiser no arriesga a su hija Victoria Luisa en el rigodón matrimonial. Debe estar ya enterado del deslumbramiento de Don Alfonso por Ena de Battenberg. Se limita a organizar una entrevista del Rey con María Antonieta de Mecklenburg. Pero el Rey está en ese momento en que no se mira ni se piensa más que a una, más que en una mujer. En Viena sucederá lo mismo con su prima la archiduquesa María Gabriela. A esta distancia de tiempo nos imaginamos fácilmente la inquietud, la impaciencia de Don Alfonso por huir de aquellas obligaciones protocolarias y encontrar de nuevo a la mujer que había elegido.

El reencuentro, sin embargo, no llega hasta enero del año siguiente, en Biarritz. La novia y su madre pasan allí unos días en la «Villa Mouriscot». Al-

fonso XIII las visita. Idilio real en el paisaje vasco, paseos sin prisa por la orilla del mar gris del invierno, tazas de té en el salón, discreta curiosidad de una ciudad pequeña, donde ahora no hay veraneantes. Doña María Cristina recibe en Madrid un telegrama: «Me he comprometido con Ena. Abrazos». El 11 de marzo de ese año, el Rey comunica su propósito al Gobierno.

IV. Marido y mujer

A partir de este instante comienza el ritmo acelerado de los preparativos. Lo primero es la ceremonia religiosa de la entrada de la Princesa en el catolicismo mediante el bautizo. Se celebra en San Sebastián, en el mes de marzo, y Doña Victoria adquiere con ese rito un nombre más, que añade a los suyos. La elección de ese nombre denota una gran delicadeza: porque ahora se llamará también María Cristina. Unos días más tarde, Eduardo VII llega a San Sebastián para felicitar a los novios. La Princesa vuelve a Inglaterra a disponer su ajuar y ese impaciente enamorado que es ahora Alfonso XIII aún le hace una nueva visita en la isla de Wight y la acompaña luego a Londres, donde van de compras y tienen encuentros familiares. Parece que al Rey le cuesta arrancarse de allí, porque no regresa hasta el 5 de mayo.

Madrid espera un cortejo de príncipes para la ceremonia. A cada uno de ellos se le ha asignado un miembro de la nobleza española para que lo aposente y lo acompañe. Madrid no está demasiado bien provisto de hoteles. Los regalos aparecen en los periódicos y las listas son interminables. Las mujeres repasan con curiosidad las descripciones del equipo de novia de la Princesa.

El 25 de mayo ésta llega a Irún, donde la espera el Rey. Desde allí, en el tren real, vienen juntos hasta Madrid, con paradas en Alsásua, en Vitoria, Burgos, Valladolid y Segovia. En cada una de las estaciones, abarrotadas de gente, se desborda el entusiasmo. Al llegar a El Plantío, presentaciones, saludos, revista de tropas, y la comitiva sale para el palacio de El Pardo, donde la Princesa se alojará hasta el día de la boda.

No hay mucho tiempo para descansar porque esa misma noche se celebra una cena de gala. El ciudadano normal, libre de la tiranía de un protocolo, no suele calibrar el esfuerzo inmenso de los jefes de Estado y sus acompañantes durante estas celebraciones. Pensemos en esta Princesa que viaja sin interrupción desde Londres a Madrid, en barco y en tren, que ha tenido que saludar a

GRACIAS AL REY, ESPAÑA SE MANTIENE NEUTRAL

miles de autoridades en muchas ciudades distintas, que está obligada a sonreír a todos, a ser amable, a saludar jubilosamente a la multitud. No debe comprender la mayoría de las cosas que se le dicen en una lengua que apenas conoce aún. Le está prohibido mostrar un gesto de cansancio, no puede retirarse a descansar unos instantes. Apenas puede fijarse en la comida escogidísima que le sirven. Si acaso, morderá un pedacito de ese «roast-beef» a la inglesa —que aparece en el menú como una delicada atención personal— o sorberá una copa de champaña. Es una inevitable paradoja que en estas comidas importantes vuelquen los cocineros su inspiración y su trabajo para un grupo de personas que, en realidad, no pueden disfrutar del placer de la mesa, que deben conversar a derecha e izquierda y no deben retrasar la fluidez del servicio con un apetito inoportuno. Cada vez que leemos la minuta de uno de esos solemnes banquetes, donde se celebra un acontecimiento oficial, pensamos en el esfuerzo derrochado, en los platos exquisitos que se quedan prácticamente inéditos, en los vinos ilustres con que los convidados apenas se mojan los labios. Pero también una solemnidad tiene que acompañarse, aunque sea por prestigio, de estas complicaciones gastronómicas.

Habrán muchas fiestas en Madrid estos días, en ese Madrid pequeño, provinciano aún, con menos de 600.000 habitantes, que Ena de Battenberg ha encontrado un poco decepcionante al lado de Londres. La «buena sociedad» encuentra en la presencia de tanto visitante de sangre real un motivo para exhibir su hospitalidad y su esplendor. Cada hora, cada minuto, hay algo que reseñar. Y los periodistas no descansan. Incluso van a El Pardo y ofrecen a la real pareja una pluma de oro para la firma de los esponsales, acto que se celebra en aquel palacio el 30 de mayo, víspera de la boda.

La mañana siguiente amanece espléndida de sol. El cielo incomparable de Madrid es el mejor adorno de los muchos que se han dispuesto para la celebración. La Princesa va a vestirse en el Ministerio de Marina, donde muchas señoras se reúnen para verla salir. El Rey espera en Los Jerónimos un tanto nervioso por culpa de ciertos rumores de atentado. El Gobierno ha tomado todas las precauciones posibles y la Policía ha revisado centímetro a centímetro las tribunas levantadas en la iglesia. En el templo duermen aquella noche varios agentes. El mismo Rey piensa que si hay un intento criminal tendrá que ser allí. A la Princesa no le di-

cen nada para evitarle preocupaciones. Pero Alfonso XIII espera ya al pie del altar y la novia no llega. Impaciencia, preocupación.

El Rey mira el reloj continuamente y sus ayudantes entran y salen, apresurados. Hay un retraso de treinta minutos. Luego se aclarará el motivo: Moret, encargado de la custodia de la Princesa, llegará tarde a recogerla. Pero ya está ahí, subiendo la escalinata que se ha construido para esta solemnidad, con un largo cortejo, en el que figuran sus hermanos, uno de ellos con la faldilla escocesa, el «kilt». El traje de la novia es deslumbrador. El velo es el que usó Isabel II. El ramo de azahar acaban de traerlo unos catalanes de Arenys de Mar. La ceremonia empieza. El cardenal Sancha, revestido de pontifical, bendice en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo la unión de Alfonso y Victoria. El Orfeón de Pamplona hace resonar las bóvedas con los cantos de la liturgia. Debe hacer calor en esta iglesia de Los Jerónimos en este día caliente de la primavera española. Uniformes, bandas, plumas y bordados. España ya tiene una Reina joven. Y la interminable caravana del cortejo nupcial empieza a moverse lentamente por las calles de Madrid.

Cuarenta y dos carrozas, más de 400 caballos componen la estampa de un esplendor que ya no ha de admirarse nunca más. Cuando la cabeza del cortejo ha alcanzado el Palacio de Oriente, la carroza real está acabando de recorrer la calle Mayor. En francés, Alfonso XIII está explicando a la Reina que se había prohibido arrojar flores y que ya no hay peligro. En el momento en que ella va a preguntar «¿Qué peligro?», algo estalla brutalmente a su lado. Su manto se mancha de sangre. Hay un humo gris en torno al carruaje y gritos, y carreteras, y hombres y caballos caídos. Alfonso XIII reacciona con serenidad. Pide la carroza de respeto, manda un emisario a tranquilizar a la familia y ciñe con un brazo a la joven y asustada Reina, cuyas primeras palabras son para preocuparse de un herido. «No ha sido nada», dirá el Rey al llegar a Palacio. «¡Gajes del oficio!» Hace un año exactamente del otro atentado que sufrió en París.

I. Los Reyes de España

Así, con este crimen bárbaro, se inicia un reinado que habría de durar veinticinco años. Al principio los recién casados se van a La Granja a pasar su luna de miel que el Rey hace compatible con sus deberes políticos. Parece que las

bodas han traído al país una tregua de paz, porque de 1907 a 1909 el Gobierno de Maura consigue cierta estabilidad y una mejoría de la situación. Pero la Semana Trágica de Barcelona y la catástrofe del Barranco del Lobo vuelven a someter al país a uno de esos característicos y apasionados vaivenes. Canalejas, más conservador en el Poder que en la oposición, procura otro paréntesis de calma hasta que cae asesinado en 1912. Es Eduardo Dato —que también había de morir violentamente— quien preside el Gobierno cuando estalla la guerra europea en 1914. España se declara neutral.

Winston Churchill ha contado una conversación que tuvo con Alfonso XIII en Madrid, poco antes del atentado de Sarajevo. El Rey le explicaba las inclinaciones de los distintos grupos españoles ante el inminente conflicto. Decía el Monarca que la aristocracia estaba con los alemanes; la clase media, contra Francia: «Sólo el pueblo y yo estamos por los aliados.» Sea verdad o no, el Rey mantuvo cuidadosamente a España fuera de la terrible lucha y su única intervención fue la piadosa y caritativa de abrir en su propia secretaría una oficina donde se proporciona información de los desaparecidos y prisioneros, donde se gestionan repatriaciones, donde se ayuda de todas las maneras posibles a mitigar los enormes sufrimientos de millones de personas. Voces extranjeras llamarán luego a Alfonso XIII «Le Royal Chevalier de la Charité». A través de España se conmutan penas de muerte, se canjean heridos, se investiga la suerte de los prisioneros y hasta se consigue la libertad de muchos de éstos. El primero de ellos tenía un nombre que iba a hacerse famoso: se llamaba Maurice Chevalier.

No dejó de tentar Alemania la posible ambición española, ofreciendo señuelos positivos: Tánger, Gibraltar y hasta la vecina nación portuguesa se nos ofrecían si colaborábamos con el Imperio alemán en contra de Francia. Todo fue inútil ante la firme decisión del Rey. Y el país salió beneficiado de su postura y el dinero corrió, inevitablemente, en el aprovisionamiento de unos y de otros, y por un momento pareció que España iba a levantarse de su postración. La esperanza duró poco. Restablecida la economía normal, se agravaron los viejos problemas: el separatismo catalán, las luchas sociales, el extremismo político. Para colmo de desgracias, 1921 trae el gran desastre militar de Marruecos, la pérdida de Annual y Monte Arruit con el sacrificio de 20.000 españoles, muertos la mayoría, prisioneros otros en condiciones es-

pantosas. Una ola de tristeza, una ráfaga de pesimismo envuelven al país. La anarquía crece ante los políticos desorientados y vacilantes, la moneda está depreciada, las huelgas son continuas.

El general Primo de Rivera se alza en Barcelona en septiembre de 1923 y hace público un violentísimo documento de acusación contra los gobernantes de todas las tendencias. García-Prieto, marqués de Alhucemas, jefe del Gobierno, reclama desde Madrid la decisión del Rey. Primo de Rivera la solicita desde Barcelona. Alfonso XIII duda, medita, interroga. Y cuando comprueba que no puede dividir al Ejército en dos bandos rivales, cuando pulsa la explosión jubilosa de la mayoría de la nación, llama al general a Madrid, y le dice: «Quiera Dios que aciertes: Voy a darte el Poder.» Primo de Rivera constituye un Directorio Militar.

VI. Una larga familia

Mientras estos años han discurrido, con su tropel de acontecimientos políticos, la vida de los Reyes ha seguido su curso. Seis infantes han nacido: don Alfonso, en 1907. Don Jaime, en 1908. Doña Beatriz, en 1909. Doña Cristina, en 1911. Don Juan, en 1913, y don Gonzalo, en 1914. El panorama del mundo ha cambiado también. En Inglaterra reina Jorge V. El Rey asistió al entierro de Eduardo VII, a caballo, en medio de un impresionante cortejo de Emperadores y Monarcas. En Portugal hay República ahora. La guerra mundial ha trastocado las fronteras y los estudiantes de geografía tienen que volver a estudiar el mapa de Europa. En Italia ha surgido un gobernante llamado Benito Mussolini. Y en Rusia una tremenda revolución ha derrocado al Zar, que muere fusilado con toda su familia. Para esta otra familia española que habita en el Palacio de Oriente la vida no ha sido dramática todavía. Los infantes estudian. A veces se retratan, vestidos de soldados, entregando una bandera o asistiendo a un desfile. (Alfonso XIII ha tenido el buen gusto de hacerlos aparecer siempre en uniformes sin graduación.) Son chicos simpáticos y discretos, que se exhiben poco y viven sometidos a una cariñosa pero firme disciplina. La Reina consagra mucho tiempo a la Cruz Roja. En verano la Corte se traslada a Santander y a San Sebastián, donde el Rey satisface una de su más vivas aficiones: la navegación a vela.

Sigamos con las efemérides de 1923. Este año se ha casado en Oviedo el coronel Francisco Franco, jefe del Tercio Extranjero, con la señorita Carmen Po-



El Rey y el Príncipe de Asturias. Debajo, la Familia Real se despide de Córdoba tras una visita oficial. Estas dos fotografías se remontan a 1908.



lo. Los Reyes los han apadrinado. En el Real ha debutado un tenor sensacional llamado Miguel Fleta. Y la sociedad madrileña ha ido cambiando poco a poco, en parte gracias al influjo de esta Reina inglesa que gusta de los colores claros, que bebe té en lugar de chocolate, que fuma un cigarrillo rubio en el antepalco para que los españoles no se escandalicen. Los marcos alemanes se venden al peso, como papel, por las calles de Londres. En los comercios de Madrid se regalan los billetes a los clientes. Media España se ha jugado algunos ahorros en la operación. Y en el Teatro Apolo acaba de tener un gran éxito una zarzuela que se llama «Doña Francisquita».

VII. Pocos años de paz

El país disfruta su luna de miel con la nueva situación política. La moneda se restablece y el orden público se asegura. España ingresa en la Sociedad de Naciones de Ginebra y un acuerdo con Francia permite atacar a fondo el problema marroquí. El desembarco de Alhucemas marca el fin de la guerra y alivia definitivamente el corazón de los

españoles. La Dictadura da entrada en el Gobierno a varios elementos civiles, entre ellos a José Calvo Sotelo, que tiene treinta y dos años y debe ser uno de los ministros más jóvenes que ha tenido España.

La nación respira tranquilidad y confianza. Se acometen importantes obras públicas, se mejoran ferrocarriles y carreteras. Cinco mil escuelas se añaden a la enseñanza. Las Exposiciones de Sevilla y Barcelona parecen señalar la culminación de esta feliz etapa; pero, al mismo tiempo, significan también su canto de cisne. La crisis económica que envuelve al mundo y que en Norteamérica tiene un trágico carácter, repercute en nuestro país, donde el Gobierno del general, que no ha establecido unas nuevas fórmulas legales, está gastado, consumido por sordos y continuos ataques. El general, enfermo, desengañado, entristecido, abandona el Poder y marcha a París, donde muere mes y medio después.

Alfonso XIII intenta restablecer la legalidad constitucional, pero el plazo ha sido, tal vez, demasiado largo. Fuerzas poderosas se han unido bajo un signo contrario y ahora es el sistema entero, la misma Monarquía, lo que se combate abiertamente. Vuelven los conflictos sociales, retorna la inquietud, renace el peligro. A las amarguras lógicas de su cargo, el Rey añade una enorme tristeza personal. La Reina María Cristina muere de repente en febrero de 1929. La desgracia deprime profundamente el ánimo de Alfonso XIII, que adoraba a su madre y admiraba en ella aquellos valores morales y firmísimos que le conquistaron el respeto unánime de los españoles. Pero ahí no se acaba su copa de amargura.

Antes de acabar el año estalla la sublevación de Jaca. La postura de Berenguer es muy difícil. La energía es mala. La blandura también. Unos meses más y estallará otra revuelta en Cuatro Vientos. Todo se desmorona bajo el impulso de un turbión apasionado. Un nuevo Gobierno de concentración, presidido por el almirante Aznar, convoca elecciones municipales. El 12 de abril son elegidos por votación popular 22.150 concejales monárquicos y 5.775 republicanos. A pesar de estas cifras, como el triunfo en las grandes capitales ha correspondido en general a los últimos, el Comité Revolucionario lanza a la calle a las masas adictas y presiona al Rey amenazándole con una jornada sangrienta. Alcalá Zamora dicta al conde de Romanones su ultimátum en el domicilio de Gregorio Marañón: el Rey debe abandonar España antes de la

LA SERENA RESOLUCION DE LOS AÑOS DE DESTIERRO

puesta del sol de ese mismo día o no responde de las consecuencias.

En el bando monárquico ha cundido el desaliento. Hay como un contagio de pesimismo, como una crisis colectiva de abandono. Sólo unos pocos leales —don Juan de la Cierva, Cavalcanti— no abandonan al Rey y tratan de impulsarlo a resistir la presión ilegal. Pero el Rey también está descorazonado. Y en todo caso, ¿con quién resistiría? Sereno, frío, irremediamente triste; convoca por última vez a los ministros y redacta, con ayuda de Gabriel Maura, un comunicado impresionante, un documento ejemplar cuya lectura sigue conmoviéndonos a muchos años de distancia. Sus palabras finales dicen así: «Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero resueltamente quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil... También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que, tan hondo como yo, lo sientan y lo cumplan los demás españoles». Con estas nobles frases acaba la Monarquía más vieja del mundo.

VIII. El destierro

En ninguno de los muchos momentos graves que le tocó vivir le faltó a don Alfonso XIII la serena resolución, la elegante majestad del que no se descompone, ni grita, ni se rebela. Y nunca le hizo falta como esta vez para afrontar sin vacilaciones el paso más difícil y amargo de su vida. Dispuso su viaje a Cartagena, donde embarcaría a bordo del «Príncipe Alfonso». Se despidió de la Reina y de sus hijos, del personal de Palacio, de los pocos amigos que le acompañaban en aquellas horas. Personalmente podemos estar seguros de que hubiera preferido quedarse y combatir. Marchándose se hacía la mayor violencia posible, cumplía el sacrificio mayor que hubiera podido imaginar. Se dejaba atrás a su mujer, a sus hijos, confiados a un pueblo en pleno alboroto, en plena celebración de una victoria tan inesperada como repentina. Y se echaba a andar por una solitaria carretera hacia el más triste de los destinos. Sus posibles errores se enjugan sobradamente con este desgarramiento brutal, con el abandono repentino de todo lo que había amado tanto.

Un Rey tiene que tener forzosamente una visión distinta de su tierra y su gente que la que pueda tener un hombre normal. Cualquiera de nosotros ve su propio país en pequeños fragmentos

que sus emociones colorean. Pensamos: «mi casa, mi pueblo, mis amigos». Pero para un Rey todas las cosas deben ser un poco suyas, todos los pueblos un poco suyos, todos los habitantes unos viejos amigos. Todo el paisaje es como su heredad. Todos los ríos y los montes como sus linderos. La nostalgia del exiliado español no se parece, por su profundidad, a ninguna otra. ¿Cómo sería de terrible la de este Rey, la de este hombre, cuyo difícil regreso estaba condicionado a tantas y tan graves cosas? No sabemos si Alfonso XIII emprendió aquella noche su camino con alguna luz de esperanza en el corazón. Seguramente no la llevaba. Sin duda, cada kilómetro que el auto recorría por los caminos de la noche era como una paletada más de tierra que iba sepultando sus ilusiones.

La anécdota de aquel triste viaje es demasiado conocida. El barco en el puerto, los últimos saludos, el primer gesto hostil del comandante que se negaba a entregarle la bandera del barco como recuerdo... Ocho años después dirá en su testamento: «Dejo a voluntad de mis herederos el entierro, clase y lugar del enterramiento, funeral y sufragios por mi alma, disponiendo sólo que mi cadáver, dentro del ataúd, se cubra con la bandera española que ondeó en el buque que me condujo de Cartagena a Marsella en abril de 1931». Tal vez en esa interminable noche se

rompió la primera fibra de ese corazón que iba a fallarle pronto. Si los médicos aseguran que las grandes impresiones, los fuertes choques espirituales pueden dañar nuestras más nobles vísceras, no es demasiado suponer que la noche del 14 de abril Alfonso XIII daba también, con aquel amargo viaje, su primer paso hacia la muerte.

También Doña Victoria Eugenia soportaría una dolorosa jornada. El Palacio cercado de gritos, de insultos, de canciones improvisadas, era un riesgo permanente, una amenaza continua. Si, se habían dado seguridades, se habían hecho promesas... Pero la Historia cuenta varios ejemplos de cómo esas promesas se respetaron alguna vez. Y, sobre todo, una mujer en esas circunstancias, por mucho ejercicio de serenidad que tenga hecho, por mucho dominio de sus emociones a que esté acostumbrada, tiene que tener miedo, un miedo elemental, biológico, inevitable. Si, la noche de ese día también debió ser interminable en la plaza de Oriente.

El nuevo amanecer trajo el temor de la multitud que se aglomeraba en la estación del Norte, del camión que intentaba forzar, a golpe de embestida, las puertas de palacio... Hubo que huir, a escondidas, por sorpresa, como si se tratara de un pequeño grupo de malhechores. En Guadarrama, las despedidas, las lágrimas de unos cuantos amigos. Y un par de frases para el recuerdo: «Los españoles son tan apasionados...» «Cuida de mi Cruz Roja.» Después, nada ya. En las grandes catástrofes se pierde el rumor de los sollozos. Victoria Eugenia de Battenberg y Alfonso de Borbón ya no eran los Reyes de España.

IX. Los últimos años

El destierro podría ser para algunos monarcas, para determinados gobernantes, hasta una solución feliz. Es posible que algunos y es seguro que varios hayan bendecido la coyuntura histórica que les permitía abandonar para siempre la zozobra del mando, la inseguridad constante, el esfuerzo diario de quien es blanco de todas las miradas y diana de todos los ataques. Pero entre ese número no podía estar Alfonso XIII, aunque no fuera más que por su condición de español, de miembro de una raza que no sabe desarraigarse. París, Londres y Roma lo verán vivir unos años aún un poco más viejo, mucho más cansado, mirando siempre hacia esta parte de los Pirineos. Sus hijos se han casado. Empiezan a nacerle nietos. De cuando en cuando una ceremonia congrega aquí o allí unos centenares de en-



La Reina, en 1963, en el momento de partir del aeropuerto de Barajas después de asistir al bautizo de su bisnieto.

tusiastas en torno de su Rey. De cuando en cuando también la marea política española hace llegar hasta su orilla unas preocupaciones, unas inquietudes, unos forcejeos.

El Rey observa su Patria con avidez y aún le queda tiempo —un Rey sin trono tiene menos trabajo— para mirar alrededor y analizar con exactitud el panorama de una Europa revuelta. Es tan español que se queda a vivir en Roma porque la gente se parece más a la suya. Y un día cualquiera siente que ase corazón suyo le da una voz de alarma. No se lo dice a nadie, pero se va a Lausana, dicta un largo y preciso testamento. Y el 15 de enero de 1941 abdica en su hijo Don Juan, anticipándose otra vez al sacrificio, pensando que no puede ser un obstáculo si la España que surge de la guerra desea una persona «que encarne la institución monárquica y que pueda ser llamada a asumir la suprema jerarquía del país».

Menos de un mes más tarde, el 12 de febrero, la angina de pecho le derriba, recordándole que su fin está próximo. Pero el Rey ha puesto sus cosas en orden. No le queda más que esperar, como tantas veces, sin temblor ni jactancia, a que llegue su hora. Esta tarda en llegar veintiséis interminables días llenos de terribles dolores, alegremente, cristianamente soportados. Su entereza sorprende a los médicos y hace llorar

a las monjitas que le atienden. Recibe, al fin, el manto de la Virgen del Pilar que tanto había esperado y al día siguiente, murmurando: «¡Dios mío! ¡Dios mío!», muere en Roma a los cincuenta y cinco años en una habitación del Gran Hotel. Extienden su cadáver en el suelo, sobre la alfombra, bajo la bandera de su Regimiento de Madrid. Le entierran en Nuestra Señora de Montserrat, bajo las tumbas de dos Papas. Agustín de Foxá encuentra en sus versos las imágenes más tristes para explicar su soledad:

«Con tierra en que no ha reinado
le cubren sin hacer salvas.
Soldados que no son suyos
le están presentando armas.»

En esa soledad de su tumba de Roma Alfonso XIII de Borbón cumple su último sacrificio.

Doña Victoria Eugenia es más afortunada. Aún vive la alegría de volver, de sentirse aplaudida y aclamada en Ma-

drid cuando llega para asistir al bautizo de su biznieto. Aún en la ancianidad guarda una sombra, un recuerdo de aquella hermosura deslumbrante que hacía gritar a su paso: «¡Viva la Reina guapa!» Esa ilusión cumplida, regresa a su villa de Lausana, al recogimiento de su vida impecable, a la calma un poco monótona que alegran de cuando en cuando las visitas familiares. Y un día se siente enferma. La suya es una muerte dulce, discreta, parece que sin demasiado sufrimiento. Incluso los que no simpatizaron nunca con las ideas ni las personas de la Monarquía tienen que reconocer la suprema elegancia de esta Princesa, con quien España no fue excesivamente generosa. Con sangre la recibimos, con pólvora y con fuego. Con gritos y con furia le dijimos adiós. ¿Cuántas lágrimas le deberemos que nadie ha visto?

Ella y él, aquella pareja real que asombró al mundo con un amor de romance o leyenda, aquellos que resplandecían en su juventud, transparentando toda la gloria de vivir, han apurado ya su agri-dulce Destino, pagando con mucho dolor, sufrido limpiamente, la corta ración de felicidad que les fue concedida. La Historia los pondrá donde deba. Pero en el corazón de muchos españoles hay un rincón que es suyo por la gracia de Dios, un rincón donde habrá siempre un Padrenuestro y un puñado de flores



Medalla conmemorativa del homenaje de los Ayuntamientos (Colección J. A. Cánovas del Castillo).

I. El Rey

II La Reina

III. El encuentro

IV. Marido y mujer

V. Los Reyes de España

VI. Una larga familia

VII Pocos años de paz

VIII. El destierro

IX. Los últimos años